

ENSAYOS DE AGITACIÓN RURAL

Rehabitar el campo vaciado

CORSINO VELA · MIQUEL AMORÓS

LUIS DEL ROMERO RENAU · ADRIÁN ALMAZÁN GÓMEZ

ITZIAR MADINA & SALES SANTOS · ANNAÏS SASTRE MORATÓ

ISABEL VILALBA SEIVANE · UN OKUPILLA DEL MONTE

FRUELA FERNÁNDEZ · PERE LÓPEZ

Colección Naturamque Sigue, 8

Primera edición: Noviembre 2022

© Ediciones El Salmón, 2022

Título: *Ensayos de agitación rural*

Subtítulo: *Rehabitar el campo vaciado*

Imagen de la cubierta: *Paisaje de un pueblo okupado, fotografía anónima*

Diseño de la cubierta: *Mann & Tolstoi*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Maquetación: *Andrés Devesa*

Revisión: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-125386-4-9*

Depósito legal: *M-28145-2022*

Para pedidos e insultos:

Ediciones El Salmón

C/Taquígrafo Martí 2, bajo, 03004

contacto@edicioneselsalmon.com

Índice

NOTA A LA EDICIÓN

«Rehabitar las ruralidades». Les Llosses,
septiembre de 2021, PERE LÓPEZ.....9

INTRODUCCIÓN

Repoblar o rehabilitar las ruralidades, PERE LÓPEZ.....13

Un campo revuelto: inviabilidad agroindustrial,
neorruralismo y conflictividad social agraria, CORSINO VELA...19

 Inviabilidad del modelo agroindustrial.....23

 Neorruralidad y antagonismo social.....25

 Descalabro del sistema agroindustrial globalizado.....28

Catalunya a la sombra del capitalismo, MIQUEL AMORÓS.....33

Donde habita el olvido. Memorias de la España vaciada,
LUIS DEL ROMERO RENAU.....47

El mundo rural frente al colapso. De los oportunistas
a las oportunidades, ADRIÁN ALMAZÁN GÓMEZ.....63

 La guerra contra Gaia.....63

 Colapso y mundo rural: un tapiz de contradicciones.....65

 De los oportunistas.....69

 ... a las oportunidades.....71

Recuperar y rehabilita un mundo que fue nuestro, ITZIAR MADINA & SALES SANTOS.....	75
Ruralidad, agroecología y abastecimiento alimentario, ANNAÏS SASTRE MORATÓ.....	93
Confinamiento y periferia rural.....	94
Crisis alimentarias a la vista.....	97
Propuestas desde la agroecología.....	98
¿Agroecología para todas?.....	99
Desbordando el sistema alimentario: reconstruyendo la ruralidad.....	101
Reflexiones finales.....	103
Nuestras luchas campesinas, ISABEL VILALBA SEIVANE.....	107
Trabajo digno y condicionalidad social.....	109
Cadena de valor sostenible y precios justos en origen y destino.....	110
Soberanía alimentaria.....	112
Una Política Agraria Común que asegure una alimentación saludable.....	113
Agroecología y la necesaria sostenibilidad.....	114
La defensa de la tierra para producir alimentos.....	116
La urgencia del cambio de modelo.....	119
Declaración de Derechos Campesinos.....	119
Okupación Rural, UN OKUPILLA DE MONTE.....	123
Raíz.....	123
Tronco.....	124
Ramas.....	127
Represión.....	128

Colapso y oportunidades.....	129
¿Qué papel podemos tener los proyectos de neorruralidad, okupados y no, en este escenario?.....	131
Qué hacemos, entonces.....	131
Pueblos sin pueblo. Apuntes sobre la comunidad (rural) y su ausencia, FRUELA FERNÁNDEZ.....	137
NOTAS.....	149
SOBRE LOS AUTORES.....	153



«Rehabitar las ruralidades»

Les Llosses, septiembre de 2021

PERE LÓPEZ

Els dolors dels prats són els laments d'un món que agonitza.

En recuerdo de Dolors Prat, luchadora libertaria nacida en Ripoll el año 1905.

En pie por un mundo rural vivo, de su nombre hacemos nacer este lamento.

El origen de este libro se remonta a un año atrás, cuando se celebró el encuentro *Rehabitem les ruralitats*. En un fin de semana lluvioso y ventoso de mediados de septiembre de 2021, más de un centenar de personas se juntó en un rincón de Les Llosses (Baix Ripollès), un municipio rural sin núcleo urbano, muy extenso y con pocos habitantes, y con unos cuantos *veïnats* (vecindarios) diseminados.

Las personas que acudieron al encuentro están de una u otra manera comprometidas con la resistencia del mundo rural a la

creciente urbanización del territorio y participantes en proyectos concretos de otro modo de vivir, fuera de la ciudad. La inmensa mayoría vive en los albores del mundanal ruido —urbano—, aunque procedan, cual desertores, de la condición metropolitana expandida por el ruedo ibérico.

El motivo de juntarse, tal como indicaba la presentación de la convocatoria a unas «jornadas por la agitación rural», era ese: encontrarse, dinamizar y debatir en torno al espacio y las vidas rurales, las del ahora, y encarar sus necesarias luchas. El propósito no era más, ni menos, que dedicar un fin de semana a compartir reflexiones, conocimientos y experiencias desde las críticas prácticas singulares y colectivas.

El marco general se abrió con la constatación de la devastación y expolio —sin freno— del campo y de los territorios de montaña: la agroindustria, el turismo, el acaparamiento de tierras, la mercantilización de la agroecología, la urbanización capitalista y sus urbanidades, el ahogo del Estado con sus normativas, etc.; así como la invasión del mundo rural por la sociedad industrial y sus costumbres e ideología progresista y consumista. De ahí la necesidad de rehacer la ruralidad llevando a cabo una crítica del sistema capitalista que urbaniza e industrializa el campo; crítica que se inscribe en el colapso del modo de producción capitalista; del productivismo, del crecimiento y del progreso tecnológico —ahora la digitalización— que, al final, profundiza la aniquilación del mundo rural y la reconversión del campesinado al agroturismo.

Se presentaron propuestas de muy diferente cariz y naturaleza. Desde lo comunitario y con el horizonte de la autonomía a través de la reducción de la dependencia de los mecanismos del mercado (la autoproducción agroecológica), inspirándose

en la crítica del desarrollismo y consumismo de la sociedad industrial y con formas de producción y de vida «poscapitalistas» (vivir, producir y consumir de otro modo), hasta planteamientos pragmáticos que se inscriben dentro del mercado emergente agroecológico.

Desde el principio, se aclaró la diferencia entre vivir en el campo, sin olvidar la moda del teletrabajo y las nuevas formas de colonización urbana del mundo rural y la gentrificación del campo; y vivir de la tierra. Y en este segundo caso, hay un gran abanico de proyectos: no todo el territorio está colonizado por el proceso de urbanización industrializado. Hay pequeñas islas donde todavía es posible emprender la (re)construcción de una cierta ruralidad en cuanto a diversificación de cultivos y recuperación de técnicas, saberes y maneras de hacer respetuosas con el medio y la vida de la gente, restableciendo un cierto equilibrio en la relación con la tierra (semillas, cultivos, ganadería extensiva, medios de producción, etc.).

Las intervenciones fueron realistas y desmitificadoras del bucolismo agrario. La vida en el campo es dura y hace falta mucho esfuerzo físico y mental para la adaptación al medio natural y humano, incluyendo el choque de mentalidades entre las prácticas y modos de vivir tradicionales y las de los recién llegados.

Las jornadas fueron asimismo un altavoz de colectivos minorizados e invisibilizados históricamente en entornos de ruralidad (en singular masculino, hasta ahora) y tan genuinamente urbanos (aparentemente), como los LGTBI, reivindicando y ofreciendo espacios de cuidados. También fueron puntos de acuerdo general la problemática del acceso a la tierra y la vivienda, las dificultades de dar salida a la producción agroecológica por las trabas burocráticas y la carencia de redes de

distribución, como también la problemática del relevo generacional.

Una vez finalizadas las jornadas, nació la idea de trasladar las reflexiones y los debates a un libro. Seis de las intervenciones —las de Pere López, Corsino Vela, Miquel Amorós, Adrián Almazán, Annaïs Sastre y un okupilla de monte— se recogen aquí, con algunos retoques, modificaciones y añadidos; a ellas se suman cuatro textos más —de Luis Romero Renau, Itziar Sales y Sales Santos, Isabel Vilalba Seivane y Fruela Fernández— que amplían y enriquecen el conjunto.

Los debates y demás material de las jornadas, tanto preparatorio como algunas crónicas posteriores, se pueden ver y leer en la página web <https://rehabitemlesruralitats.org>.

Repoblar o rehabetar las ruralidades

PERE LÓPEZ

De un tiempo a esta parte, como discurso, va ganando terreno el propósito de repoblar el mundo rural, y más cuando desde los rincones olvidados y abandonados se empiezan a alzar voces reivindicativas. Se habla de la *España Vacía, vaciada*. En plan pomposo, el gobierno del Estado dedica un ministerio al reto demográfico, acompasado con la transición ecológica, para rellenar ese vacío que es el resultado del abandono auspiciado por todo tipo de políticas y negocios lucrativos de los mandamases desde hace muchas décadas, quizás secular. Al mismo tiempo, algunos colectivos ya llevan años volviendo a poner los pies en la tierra como práctica colectiva: han sido experiencias truncadas y amenazadas, precisamente por los que desde el ejercicio del poder (estatal, autonómico, municipal, y de todos los colores) ahora empiezan a llenarse la boca de buenas intenciones.

En el recuerdo, entre otros, quedan Sasé, Can Piella... También Kan Pasqual y Can Masdeu, que perduran en Collserola. Y

sigue en pie Fraguas, un pueblo rehabilitado, aunque amenazado por multas escandalosas —110.000 euros para demoler aquello que han recuperado de las ruinas provocadas por expropiaciones forzosas y los posteriores bombardeos de las maniobras militares—, o la entrada en prisión de las residentes que se declaren insolventes o desobedientes. Paradojas de la proclamada repoblación a base de escarmientos y más expulsiones. Tesón, también, para seguir agitando las ruralidades, que son diversas y no todas se pliegan a la dirección única que dicen querer desplegar (o *implementar*, en la neolengua) 130 medidas, que colmarían un «Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia», para garantizar la incorporación de los pequeños municipios en una recuperación verde, digital, con perspectiva de género e inclusiva. Así anda, pues, el mundo rural: acosado por unas dinámicas depredadoras que achican, aún más, cualquier posibilidad de la revuelta al campo, del campo.

La doble pandemia, la sanitaria de la covid-19, pero también y sobre todo la estructural del capitalismo, han disparado este interés ahora acrecentado por el mundo rural. Más que nunca cada pedazo de tierra debe sucumbir a la mercantilización, previa privatización y asistencia estatal; proceso que se asociaría al impulso del capitalismo asistido que acarrea la defenestración del estado del bienestar. Los propietarios contentos, ya que lo que no dejen caer al suelo convirtiéndolo en ruinas podrá ser vendido o alquilado a un precio de mercado al alza y especulativo, y las inmobiliarias al acecho: llenamos ahora de profesionales los rincones más o menos bucólicos (la llamada transición ecológica) y les hacemos llegar la fibra óptica (la venerada revolución digital, si bien con sus grietas) para el bienvenido teletrabajo de algunos; que otros, más precarios, ya les harán faenas para recon-

vertir pastos en jardines y encargarse del mantenimiento de la «nueva vivienda» y de tantas tareas como sea necesario.

Todo apunta a que la periferia rural, alejada del núcleo metropolitano, va camino de convertirse, a todos los efectos, en una especie de extrarradio como barrio dormitorio de una cierta élite, con la casita y el huerto (o, más bien, el jardín) al alcance de pocos, bien conjugado con la aceleración y proliferación de segundas residencias y sus complejos *resorts*, además de la incentivación estacional del turismo rural y sus rutas verdes.

Tampoco cabe desdeñar, ni mucho menos, el alza de adquisiciones especulativas de fincas rústicas para fines no agrarios; considerando que entre sus compradores destaca esa figura del inversor extranjero, o los denominados fondos de inversión o fondos buitres. Entre sus secuelas sobresale la degradación o pulverización del patrimonio rural, tanto de sus casas o edificaciones levantadas desde la arquitectura vernácula, como de las infraestructuras o equipamientos populares laborados antaño en común (fueran canalizaciones, caminos, bancales, etc.).

Y es que estamos aquí: un proceso de urbanización capitalista todavía más agudizado que procura «inyectar» riqueza en sus centros (las metrópolis) mientras «eyecta» pobreza en sus periferias, o las devora cautivas con sus tentáculos, a la par que acota y reserva reductos para el privilegio. Lo que denominan ordenación territorial, o territorio y sostenibilidad, no deja de ser un desbarajuste o más bien una aplicación de las lógicas territoriales del mundo y de la civilización capitalista, pues detrás de toda articulación territorial hay razones sociales: la de los desequilibrios territoriales y la acentuación y cronificación de las desigualdades sociales. Tan sencillo como entender que no hay desarrollo de algunas áreas sin subdesarrollo (explotación) de otras;

ni nortes sin sures, ni centros sin periferias. Para el caso, la neorruralización en boga, con sus segregaciones, dispara las dualidades, conformando un mapa donde se solapan, pero sin tocarse ni confundirse, las zonas de sacrificio con las áreas del privilegio.

Fruto de ese desarrollo geográfico desigual, la dualidad campo/ciudad, mundo rural/mundo urbano, se ha desvanecido, puesto que el proceso de urbanización capitalista ha devorado y colonizado el territorio en su conjunto, convirtiendo todo rincón no-urbano en periurbano para sus servidumbres. Asistimos a la devastación y expoliación —sin freno— del campo y de los territorios de montaña, ya que al mundo rural, aunque cierta propaganda lo pretenda vender como «territorio amable, *resort* de salud», le caen encima todas las infraestructuras que demandan las metrópolis: desde MAT (Líneas de Muy Alta Tensión) a prisiones, vertederos, centrales nucleares, polígonos, circuitos de carreras, parques temáticos, el negocio del oro blanco —el esquí—, y todo lo que conlleva la industria del entretenimiento de masas, y a su estela la necroubanización, la artificialización de las afueras y la naturaleza como fábrica-empresa. El corolario es que tenemos más fincas en manos de cada vez menos personas (muchas de ellas que no trabajan la tierra pero que extraen muchos beneficios), una expansiva agroindustria —nociva y asistida por la PAC (Política Agraria Común)— y una industria del entretenimiento que explota el verde (de los prados), el blanco (de la nieve) y el azul (de ríos y mares).

Si se avistara una mínima frenada del despoblamiento en el ámbito rural, seguro que desde las instituciones se hablaría de revitalización, de reequilibrio o de cohesión territorial. Si bien obviarían que, con las dinámicas impulsadas, la desagrarización no dejará de agudizarse: todavía menos población activa en el

sector primario con unos salarios y rentas bajo mínimos, y más beneficiarios de sofá de las subvenciones de la PAC; más fuerza de trabajo migrante precarizada, movilizada e hiperexplotada; más pérdida de superficie agraria útil (e incremento de las áreas boscosas descuidadas y lo forestal triturado como fábrica a cielo abierto maderera); más acaparamiento entre pocos de las tierras; más «masías» y casas en ruinas y más escasez de alquileres, más caros y con la expulsión de masoveros^{*}; más agroindustria petrolera y química controlada por las grandes multinacionales agroalimentarias distribuidoras; más ganadería industrial y macrogranjas en las zonas rurales relegadas y menos cotizadas; más residuos tóxicos en la tierra y eutrofización de las aguas, ese oro azul cada vez más escaso.

En definitiva, un incremento desmesurado del extractivismo sin límites, que como contrapartida arrastra una creciente e irreversible pérdida de la fertilidad de la tierra. Con todo ello, menos, mucha menos, vida y cultura rural arraigada en la tierra; si acaso, de sus restos se exhibirá y expenderá su folclorización o museificación en verde. Y mucha más urbanización capitalista con sus urbanidades, y omnipresencia del Estado con el ahogo de sus normativas y el clientelismo servil de sus subsidios o subvenciones.

Vemos, por tanto, que no basta con la repoblación como divisa de negocios; esto, más bien, representaría la agonía definitiva del campo, la última depredación tanto de su hábitat como de sus habitantes por parte del tsunami urbanizador. Si compartimos que

* Labrador que, viviendo en masía ajena, cultiva las tierras anejas a cambio de una retribución o de una parte de los frutos.

no hay paisaje sin paisanaje, lo que se precisa es una rerruralización del campo, del mundo rural. Y esto implica rehabilitar la tierra, por gente que quiera vivir en la tierra y de la tierra. Y no de cualquier manera, sino aplicando y compartiendo unas mínimas premisas: esmerada custodia integral del territorio, a la vez que se practica y propaga la agroecología y la agricultura regenerativa (o la agricultura tradicional o campesina no acorde al marcapasos de la «revolución verde»). En definitiva, preservar y recrear lo comunal, la cultura de los bienes comunes.

Y es ahí, en esa onda, donde ciertas culturas prácticas se prodigan en mostrar que no todo es necrópolis ni tampoco todo el verde es campo para el negocio. También, con mucho empeño y batallas sordas, es campo abierto para esparcir utopías concretas, utopías en acción, donde una mirada de experiencias —con más o menos duración, más alegrías o más frustraciones, encuentros o desacuerdos, aislamientos o coordinaciones— van recreando un mundo rural vivo y para vivir. Aquí, allá y más allá se esparcen prácticas apegadas a los lugares, a la tierra, que a su modo se decantan por desmercantilizar, desestatalizar, desurbanizar sus vidas; en singular y en común.

Y sí, estos ensayos de agitación rural andan salpicados de interrogantes compartidos: ¿Podemos conjugar una relativa desconexión y a la vez sostener la (difícil) confrontación con el Mercado y el Estado? ¿Podemos cuidar los lugares que habitamos? ¿Podemos recuperar la ruralidad como manera de vivir desde la autonomía? Y, a la vez, se acompañan de algunas certezas inciertas que insisten en procurar no dejarse seducir por esos cantos de sirena que vuelven a arrastrarnos por senderos o atajos que conducen a las casillas del capitalismo, ahora, para algunos, barnizado de humano y verde.